

en Jerusalén hombres de todas las naciones que hay debajo del cielo». Podemos, por tanto, suponer que el diluvio inundó toda la superficie mesopotámica y países vecinos, desde las montañas de Armenia hasta la desembocadura del Tigris y el Éufrates, y así entendidas las cosas, desaparecen las grandes objeciones levantadas por las ciencias naturales, y especialmente por la física y la zoología.

LAS ANTIGUAS TRADICIONES

Los partidarios de la universalidad absoluta se ven en la necesidad de acumular milagros sobre milagros, lo cual en realidad no importaría. ¿Qué cosa mejor pueden desear los hombres que ver a Dios entre ellos, mezclado en su vida, interviniendo en sus actos, realzando la insignificancia humana con su soberana omnipotencia? Sin embargo, fuera de casos especiales, Dios suele esconderse detrás del orden que ha puesto en este mundo, y la misma Iglesia nos aconseja a no buscar excepciones o anomalías taumatúrgicas, sino por razones serias y en medio de circunstancias que de otra manera serían inexplicables.

Insisten los partidarios de la universalidad absoluta, alegando que hubo un tiempo en que toda la humanidad poseía tradiciones referentes al diluvio, lo cual indicaría una fuente primitiva común y, por tanto, un hecho común a todos los pueblos. Un mejor conocimiento de la etnología nos ha dado a conocer que esa afirmación no es exacta. Hay pueblos en que no se encuentra rastro alguno de esa tradición; en otros hay ciertas leyendas confusas, pero que sólo demuestran la existencia de alguna inundación local o alguna influencia posterior judiacristiana. La tradición permanece viva entre los pueblos semitas, en los del Asia Menor y entre las tribus de las islas cercanas. De ella hay ecos, no sólo en Ba-

bilonia, sino también en las regiones sirofenicias, en Frigia, en la India y en la mitología helénica, tan íntimamente relacionada, según se sabe, con el mundo asiático.

El mito babilónico o sumerio nos recuerda sorprendentemente el relato bíblico. La gran diferencia consiste en que el uno es politeísta y el otro monoteísta. Ha llegado a nosotros en dos versiones: la que nos dió Beroso, un sacerdote persa de la época helenística, y la que se descubrió recientemente en los ladrillos cuneiformes, y que es parte de la epopeya de Guilgamés, el héroe cantado en ella. El Noé de Beroso se llama Xisutrus. La divinidad se le aparece y le recomienda que construya un bajel donde pueda salvarse de la catástrofe que amenaza a la tierra. En él deberá meter a sus parientes y a sus amigos, y con ellos diversas clases de animales y todos los alimentos necesarios. El arca de Xisutrus tenía, según Beroso, que cuenta a la manera griega, cinco estadios de longitud por dos de ancho. Como Noé, también Xisutrus acude al servicio de las aves para saber si van disminuyendo las aguas. La primera vez dejó salir varias, pero todas volvieron. Repitió de nuevo la operación con el mismo resultado; al fin, a la tercera vez, todas quedaron fuera. Entonces salió él también, adoró la tierra, levantó un altar y fué raptado en cuerpo y alma a los cielos.

Afortunadamente, hoy podemos leer las venerables sagas de Sumer, si no en su texto primitivo, por lo menos en las milenarias interpretaciones babilónicas. Según ellas, el suceso se localiza en torno a Suripak, ciudad del Éufrates, donde residían los dioses Anú, Eulil y Ea. Eulil decidió hacer una gran tormenta. Ea llevó la noticia a una choza de cañas, donde vivía Uta Natispún. Por no traicionar a Ea, no se atrevía a decírselo cara a cara, y tomó la resolución de hablar a la